

mundial. Ese dato no es menor. La plata tiene uso en barras y monedas, pero también en electrónica y en celdas fotovoltaicas. El cobre ocupa un lugar central en redes eléctricas y tecnologías ligadas a la electrificación. La Agencia Internacional de Energía ha insistido en que la transición energética demanda más minerales y que el cobre seguirá siendo uno de los materiales más importantes del sistema eléctrico. Por eso, perder competitividad minera no sólo pega a una industria. También reduce la capacidad de México para insertarse en cadenas industriales que hoy se reordenan con rapidez.

La coyuntura reciente tampoco ofrece una foto simple. INEGI reportó que la producción minerometalúrgica de octubre de 2025 cayó 1.1 por ciento mensual y 0.9 por ciento anual en cifras desestacionalizadas. En cifras originales, bajaron pellets de hierro, yeso, oro y cobre, mientras crecieron fluorita, carbón no coquizable, plata, plomo, zinc y azufre. Ese

comportamiento mixto confirma dos cosas. Primero, el sector no vive un desplome uniforme. Segundo, la volatilidad por mineral y por región obliga a cuidar todavía más el clima de inversión. Cuando el entorno operativo se endurece, los proyectos menos robustos salen primero del radar.

A esta ecuación se suma otra señal política. En febrero de 2026, el Gobierno Federal informó la recuperación de mil 126 concesiones mineras que abarcan 889 mil 512 hectáreas, incluidas 249 mil 108 hectáreas en áreas naturales protegidas. Desde la óptica oficial, la medida fortalece el ordenamiento territorial y la defensa ambiental. Desde la óptica empresarial, confirma que el Estado quiere revisar con más rigor el mapa concesionado. Ninguna de las dos lecturas sobra. El punto crítico es otro: el mercado necesita reglas firmes, pero también tiempos claros, criterios consistentes y una línea visible entre sanción legítima y discrecionalidad.



El impacto social del problema también merece atención. Cuando la AIMMGM advierte que sin seguridad no hay inversión, no habla sólo del retorno de capital. Habla de empleo, proveedores, recaudación local y actividad económica en

municipios donde la mina suele ser el motor principal. La frase puede sonar empresarial, pero tiene una base territorial evidente. En muchas regiones, detener perforación, exploración o desarrollo frena transporte, servicios, mantenimiento, hospedaje y comercio. La minería no resuelve sola el desarrollo regional, pero sí puede empujar economías enteras cuando opera con orden y vigilancia efectiva.

México todavía tiene cómo corregir el rumbo. Los recursos siguen ahí. El potencial geológico también. La encuesta del Fraser Institute confirma que el país volvió a escalar posiciones cuando se evalúa su base mineral. El problema radica en cerrar la brecha entre potencial y confianza. Para lograrlo, el gobierno necesita garantizar seguridad en campo, aplicar la ley con consistencia, dar certidumbre en permisos y sostener una regulación ambiental seria, pero funcional. La inversión minera no pide carta blanca. Pide condiciones mínimas para operar. Si México las ofrece, su plata, su cobre y su capacidad técnica pueden volver a pesar más que el miedo.

